



Bette Davis

madre y las dos chicas una vida azarosa y errante; antes de dedicarse al teatro habían vivido ya en setenta y cinco lugares distintos. Su madre trabajaba en lo que podía, desde gobernanta de casas o colegios hasta reportera fotográfica. En Nueva York, Bette vio las primeras películas de Mary Pickford y Rodolfo Valentino, pero nunca pensó en dedicarse al cine ni a la escena. El azar lo decidió. En Peterboro (New Hampshire), lugar de verano, actuaban compañías teatrales de temporada: el fotógrafo se había ausentado, la madre de Davis debía setecientos dólares y decidió aprovechar aquel mercado de actores para sus actividades fotográficas. Bette entró en una academia de danza, y un actor, Frank Conroy, le aconsejó se dedicase al teatro. Fue una de las pocas personas que creyeron en ella, y marcó su destino.

Estudia en una academia de Nueva York, dirigida por Hugh Anderson, al que su madre convenció de que le pagaría cuando pudiera. El hijo del presidente de la Academia, Hornblow, fue el primero que vio sus posibilidades cinematográficas: la hizo una prueba y la envió a Samuel Goldwyn, pero sin resultado. Ganó la beca de la escuela y se mantuvo ya por sus medios. Por una carta de Conroy obtuvo un puesto en la compañía de George Cukor —luego destinado director cinematográfico—, para actuar por provincias, con 35 dólares semana-

les. La madre la recomendó que se estudiara el papel de la segunda actriz, porque se torcería un tobillo y Bette podría sustituir la. Así sucedió, con gran satisfacción de la señora, que presumía de vidente. Pero Cukor no se fijó en el trabajo de Bette Davis; más adelante, en otra gira, la echó de la compañía, y en Hollywood nunca creyó en ella. Durante una temporada de verano en Dennis (Mass.), con la «Cape Playhouse», también logró sustituir a la ingenua, pero la primera figura no la dejó inerte apenas en escena, hasta anularla.

El clásico caso de suerte del anecdótico teatral no se cumplió. Sin embargo, Bette trabajaba con esa compañía todos los veranos hasta su marcha a Hollywood. En noviembre de 1929 actuó en el teatro Ritz de Nueva York, en «Platos rotos», que logra cerca de doscientas representaciones. Es un año glorioso del teatro neoyorquino, porque la gran bancarrota de hace unos meses no se hace sentir aún en la calle. En la escuela de Broadway actúan aquella temporada Clark Gable, James Cagney, Spencer Tracy, Laurence Olivier, Claudette Colbert, Maurice Chevalier, Ginger Rogers..., la gran pléyade de Hollywood va a llamar para apoyar el cinema sonoro, ya impuesto. En esa caza de actores, más o menos conocidos, pero que supieran hablar en escena, entró Bette Davis.

Manuel Goldwyn otra vez: vio su retrato en las revistas y creyó que podía ser la compañera de Ronald Colman en «Raffles». Pero la prueba de fotografía fue desastrosa y Goldwyn la rechazó indignado. Años después la pagaría una fortuna por su papel en «La loba». Entonces la solicitó la Universal, de Carl Laemmle, para llevar a la pantalla «Con la peor intención» (Strictly Dishonorable), de Preston Sturges, gran éxito de Broadway, con trescientos dólares semanales, igual que en el teatro. Pero una vez en Hollywood, todos los directivos y directores de la Universal coinciden en que la adquisición no era afortunada, y sólo la dieron un papel secundario en «La mala hermana» (The bad sister, 1931), dirigida por Hobart Henley. El resultado fue malo, y se pensó en prescindir de ella. El operador Karl Freund la salvó, porque encontró en ella algún rasgo utilizable. Interpretó «Simientos», de John M. Stahl, pero también sin éxito. Su carrera cinematográfica estaba prácticamente terminada. Y para no perder el importe del contrato, la prestan a otras empresas, para hacer películas menores o ínfimas, a veces rodadas en una semana, que contribuyan a su total hundimiento. Tras un año en Hollywood y seis o siete películas fracasadas, la Universal no renovó el contrato. Entonces, por indicaciones de Murray Kinnell, el gran actor inglés George Arliss, la hizo llamar para su próxima película, «El hombre que se acercó a Dios».



Jules Dassin, actor, en «Rifflis»

gistrales del mejor cine. Pero en ambas hay una potencia, una voluntad de drama en la vida contemporánea, para darla toda su grandeza. En adelante, Dassin no abandonará ya este estilo y este alto nivel trágico.

Las campañas de Mac Carthy están en su apogeo; no encuentra trabajo en Hollywood y vuelve al teatro, para dirigir, en 1952, una revista musical en Nueva York, «Two's Company», con Bette Davis de protagonista. Pero el ambiente le cerca, cada vez encuentra menos trabajo y más escasas posibilidades de continuarlo. No rompe con el país abiertamente, como Charles Chaplin, pero se marcha silenciosamente a Europa.

En Francia se dispone a dirigir «El enemigo público número uno», una comedia con Fernandel y Zsa Zsa Gabor. Pero Roy Brewer, jefe del Sindicato Cinematográfico de Hollywood, presiona sobre el Centre du Cinéma de Francia, primero, y finalmente todo sobre la actriz Zsa Zsa Gabor, que se niega a trabajar con Dassin. Esto debe abandonar la película, que realizará Verneuil. Sus dificultades de trabajo aumentan y solamente logra hacer un film policíaco, que es «Rifflis» (1955), uno de los más grandes éxitos mundiales, porque es una de las mejores películas del género. La escena del robo, perfectamente documentada y magníficamente filmada, es un verdadero documental del asalto perfecto. La película ha sido imitada, en serio y en cómico, incluso con títulos seme-

cación, envían el cortometraje de Dassin, que obtiene un éxito de público. Entonces, la empresa le da a dirigir su primer film, «Nazi agente» (1942), con Conrad Veidt, film político de guerra. Lo que Dassin propone después es considerado poco comercial y le dan a dirigir una comedia, «The Affairs of Martha», y luego otro film de guerra, «Reunión en Francia», que es una de las más finas y mejor hechas de las películas de espionaje. «El fantasma de Canterville», sobre el cuento de Oscar Wilde, con Charles Laughton, Robert Young y Margaret O'Brien, es una fina comedia llena de encanto y gracia. Pero la empresa limita su trabajo a la dirección estricta, sin dejarle intervenir en el argumento ni el montaje. Los resultados de la última película no satisfacen a Dassin, que se retira de la Metro durante un año, pero ésta le reclama, por su contrato, y realiza dos películas más para la productora.

En 1947 cambia su destino por el encuentro con Mark Hellinger (V. «Ciudad desnuda, La»), para el que dirige «La fuerza bruta» (Force brute, 1947), la primera película donde Dassin comienza a exponer sus ideas: la defensa de la dignidad humana, sea cual sea el hombre, y por todos los medios, incluso la violencia. En este caso, la subversión en un presidio, al modo de «El presidiado» (The Big House, 1930). La película obtiene un gran éxito, conmueve a la opinión pública sobre los métodos penitenciarios y provoca una revisión práctica de los mismos. En «La ciudad desnuda» Dassin sigue esta línea a través del tema policíaco que va a renovar el género en el cine norteamericano.

Es el 1948; la Comisión de Actividades Antinorteamericanas actúa decididamente desde el año anterior. Albert Maltz —el argumentista de «La ciudad desnuda»— es detenido y Dassin se encuentra seriamente fichado, desde el comienzo de esta campaña, que ha de culminar en la etapa de MacCarthy. Muere su productor, Hellinger; Dassin abandona Hollywood y vuelve al teatro, para dirigir una comedia musical, «Magdalena». Retorna al cine en los dos años siguientes y realiza, para la Fox, dos de sus más importantes películas. «Mercado de ladrones» es una denuncia de los grupos de crackters que funcionan en los mercados y en el tráfico de la alimentación. A veces desordenada, a veces débil, la película tiene momentos extraordinarios, principalmente el vuelco del camión en la carretera, escena de la mejor antología cinematográfica. «La ciudad y la noche» combina el tema de la mejor londinense con los bajos fondos del boxeo. Es una película extraordinaria, para muchos su obra maestra, aunque con las mismas virtudes y defectos que la anterior: desorden en la narración, con secuencias ma-



Richard Conte y Valentina Cortese en «Mercado de ladrones», de Dassin



«El que debe morir», de Dassin

154

fantasmas de Canterbury (The Canterbury Ghost), 1944; A Letter for Evie, 1945; Two smart people, 1946; La fuerza bruta (Brute Force), 1947; La ciudad desnuda (The Naked City), 1948; Mercado de ladrones (Thieves Highway), 1950; Rittin (Rittin chez les hommes), 1955, también como actor; El que debe morir (Ce qui doit mourir), 1957; La ley (La loi), 1958; Nunca en domingo (Jamais le dimanche), 1960.

DAVIS Bette

ACTRIZ. Verdadero nombre: Ruth Elizabeth Davis. Nació el 5 de abril de 1908, en Lowell (Massachusetts), Estados Unidos. Los antecesores de su madre fueron hugonotes franceses, huidos al país en el siglo XVII, y en su personalidad ha sido siempre decisivo este espíritu de la Nueva Inglaterra, puritana, liberal, rebelle — uno de sus abuelos fue abolicionista militante —, luchadora, energética y tenaz. «Comparto con ellos — dice — la filosofía de que cuando termina la lucha se extingue también el placer de vivir». No hay en su familia antecedentes de actores. Su madre, Ruth Farnsworth, lo hubiera sido de haber nacido en otra generación y en otro ambiente. «Muchas veces pienso que ella es la verdadera actriz». Su madre es un tipo fabuloso de mujer norteamericana, donde se resumen las mejores condiciones humanas que han hecho la grandeza vertiginosa e increíble de la nación. Competitiva, insuperable, incansable, invencible, siempre optimista y decidida, de una hija que debió conquistarlo todo en dura batalla.

Porque la vida y la obra de Bette Davis puede resumirse así: la lucha contra el medio adverso. «Soy lo suficientemente temeraria para afrontar todo lo que constituya un desafío». El desafío se lo lanza continuamente la vida, el teatro, el cine, sus amores, ella misma... Desde que nació, todos la consideraron poco agraciada, y cuando llegó a Hollywood cortó la bruma que tenía el mismo «sex-appeal» que Slim Sumnerville, uno de los buhos más grotescos del cine, lo que siempre es un fuerte enemigo en la carrera de una actriz, más en el cine y más aún en Hollywood, con su felicitismo por la belleza tipificada. Su padre, abogado distinguido, era un hombre reconstruido y frío; jamás elogió su labor de actriz, aunque llegó a admirarla profundamente. Tuvo una hermana, año y medio menor, pero cuando ella tenía ocho años, el matrimonio se divorció. Comenzó para la

fantasmas de Canterbury (The Canterbury Ghost), 1944; A Letter for Evie, 1945; Two smart people, 1946; La fuerza bruta (Brute Force), 1947; La ciudad desnuda (The Naked City), 1948; Mercado de ladrones (Thieves Highway), 1950; Rittin (Rittin chez les hommes), 1955, también como actor; El que debe morir (Ce qui doit mourir), 1957; La ley (La loi), 1958; Nunca en domingo (Jamais le dimanche), 1960.

PELICULAS:

El corazón delator (The tell-tale Heart), 1941; Agente nazi (Nazi agent), The Affairs of Martha, Reunion en Francia (Reunion), 1942; Young Ideas, 1943; El

155